



REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

PEDRO DE RÉPIDE

Una víctima literaria.

J. JOAQUIN ESTRADA

Yo tenía una prima...

GONZALO CANTÓ

A un crítico.

EL CONFESONARIO

Artículo de VÁZQUEZ II

FERNANDO MORA

Cantares.

FERNANDO AMADO

La mejor medicina.

LA GOYA y JULIA FONS

Opiniones sobre el bigote.

MANUEL SORIANO

La cláusula primera.

JOSÉ JUAN CADENAS

Cuaresma.

FÉLIX RECIO

Nuestras cocotas.

LUIS R. SANCHIZ

Predestinación.

TOVAR, MONTES y ALFONSO

Caricaturas y retratos de Yokasta, Paquita García, Vázquez II y otros dibujos.



YOKASTA

Hermosa cupletista que actúa en San Sebastián y que con el fuego de sus ojos está haciendo de aquella ciudad población invernal...

5 cénts.



LO QUE QUIERE QUE DIGA
«SERVIDOR», CIERTO SOCIO DE UNA LIGA

¡ATENCIÓN!

Se pone en conocimiento de los ilustres socios de «LA LIGA» que, por un caprichito de «EL SAPO», la tertulia que tenían en el café de Correos, se traslada desde hoy al Gran café de Puerto Rico.

¡HA LLEGADO EL TÍO DE LOS LAPICEROS TINTA! ¡VIVA LA CHISPA Y LA GASOLINA!

(De la sexta plana de un rotativo.)

¡A ver cuál es el guapo que, leyendo ese anuncio, sepa quién es EL SAPO! Yo renuncio, por mi parte, á saber quién es EL SAPO. ¡Que lo averigüe el Nuncio!...

Pero uno de los socios de LA LIGA —persona muy amiga de un servidor— me ruega que en LA HOJA DE PARRA, «por si pega, dicho sea en sentido metafórico» (pues sí que pega), diga la razón por que EL SAPO los obliga —con ley de imperativo categórico— á marcharse al café de Puerto Rico.

Yo, aunque deseo complacer al chico, no he de poner al SAPO de marras como un trapo, refiriendo al lector lo que de él dice mi colaborador, ¡ay, infeliz!

Pero con tino y tiento, pulso y pausa,

sí os diré que la causa de *agüecar* de Correos tales socios —adonde iban á hablar de sus negocios con sus ilustres socias industriales, y á entretener sus ocios en el trato con hembras tan juncales— no es otra que el antojo ó el capricho del SAPO susodicho.

Y es que hasta los batracios son indóciles, tercos y reacios; cuando los semejantes suyos van de parranda, pira, juerga, bureo ó cuchipanda, sea con sus amigas, sea con sus amantes; y, al moverse los miembros de esas ligas de que hablábamos antes, no los dejan obrar como Dios manda que el hormigón armado lo haga si se ve al lado de sus nobles señoras las hormigas.

Y, así, la LIGA, de Correos anda —cual si fuese una banda de judíos errantes— de un café en otro, en busca no de la compañía de una vil pelandusca (cosa que no tendría nada, á mi humilde parecer, de chusca), sino de las juncales hembras que son sus socias industriales.

Por lo cual á ese SAPO pónete, ¡ay, infeliz!, como un guñapo los socios de LA LIGA en Puerto Rico, según me dice el apreciable chico con cuya discreción me escudo y tapo...

Carlos Miranda

UNA VÍCTIMA LITERARIA

ARTURO Candente se había hecho un nombre y un renombre verdaderamente envidiable con sus novelas, que si no tenían la poética elegancia de Ovidio en el *Ars amandi*, ni la gracia y ejemplaridad de los cuentos de Bocaccio ó de la reina de Navarra, en cambio contenían frecuentes atentados á la gramática y al sentido común.

Pero sus éxitos eran enormes. Ganaba mucho más que si escribiese con sintaxis, y miles de mujeres esperaban la aparición de un libro suyo con una ansiedad que se hacía mucho más ansiosa después de la lectura.

En los talleres de modistas hacía lamentables estragos, y fué la causa de que muchas señoras recibieran inconcebibles revoltijos de trapos en vez de los elegantes vestidos que esperaban. Muchas costureras perdieron taller por culpa de las novelas de Candente, porque semejantes lecturas las hacía llegar hasta el furor. Por fortuna, la mayor parte de esas chicas trabajaban bien y no tardaban en encontrarse ocupadas.

Entre los estudiantes hubo serios trastornos por los libros de Arturo, mucho más atendidos que los de texto. Por tales novelas se perdieron cursos y se desbarataron carreras. Eran los libros que sostenidos sólo con una mano leían por la noche en la cama, ó por las mañanas en clase á hurtadillas y bajo la amable protección de la capa.

Los éxitos de Candente aumentaban á cada novela que publicaba. Hasta llegó á decirse que había influido seriamente en el porvenir de la patria. Porque se habían formado curiosas estadísticas de las que resultaba, qui-

zás casualmente, que la población aumentaba desde el advenimiento de aquel escritor á la literatura.

Los grandes rotativos se le disputaban para publicar en sus folletines las novelas antes de que apareciesen bajo la forma de libro. Uno de los periódicos de más circulación estaba haciendo un negocio loco con la publicación del último parto del fecundo ca-

VIENDO A WATRY



—¡Ay, mamá, que se la van á cortar!

—No, hija; no harán esa barbaridad habiendo señoras delante.

cumen de Candente. Era una novela que se titulaba: «Más que un hombre!», y había proporcionado un aumento considerable en la suscripción del diario. Débese advertir que todos esos centenares de suscripciones nuevas pertenecían á mujeres.

Pero no hay felicidad sobre la tierra, ni existencia tranquila para el genio. Un día vióse Candente llamado con urgencia al periódico. El director encerróse con él en su despacho y abordó la cuestión.

—¿Recibe usted muchas cartas femeninas con motivo de su novela?

—Incontables.
 —Lo sé y le felicito á usted por ello, al tiempo que nuestro periódico se felicita por el éxito. Pero, ¿contesta usted á todas?
 —Sería imposible. No conservo más que aquellas que tienen algún valor documental y me pueden servir para estudiar la psicología de un carácter. Las restantes, que son el mayor número, las mando irremisiblemente al cesto de los papeles.



El.—Pus yo taseguro que no me lo aplico.
Mi usted que tener un amante sordo-mudo!
Ella.—¡Ay, si vieras de qué modo tan delicioso mueve los dedos!

—Hace usted mal.
 —Pero, ¿cómo voy á atenderlas? Figúrese usted, además, que quieren que las visite, ó me citan en lugares que no dejan lugar á duda. Las fuerzas humanas tienen un límite.
 —Usted demuestra lo contrario en su novela, donde el protagonista Fernando San-

torcaz ama seis veces á cada señora en cada folletín.

—Pero una cosa es escribir...
 —Es usted una víctima de su literatura. No hay más remedio que atender á esas señoras. El Consejo de administración de este periódico lo ha resuelto así.
 —Pero, ¿con qué derecho puede el Consejo de administración?...
 —Sí, señor. Nosotros también hemos recibido cartas de esas señoras, donde se quejan del abandono de usted. Y nos hacen saber que si no las atiende usted cariñosamente, se darán de baja. Si usted no cumple como debe, tengo el sentimiento de decirle que Fernando Santorcaz no continuará en este periódico sus hazañas amatorias.

—Pero...
 —No es del pero de lo que se trata.
 —¡Serán muchas!
 —Las más urgentes son estas cincuenta que tengo aquí apuntadas y cuya suscripción termina dentro de ocho días. De usted depende que la renueven.

Y Candente acabó por ceder. Era un esfuerzo sobrehumano. Algo como uno de los trabajos de Hércules. Pero su reputación y la pingüe suma que el periódico le pagaba por su folletín, merecían el sacrificio.

.....
 Ocho días después personóse Candente en el despacho del director.

—¡Que sea enhorabuena!—le dijo éste.
 —¡Ay!—contestó el novelista que había entrado con paso lento y vacilante y acababa de dejarse caer en un sillón.

—Ya sabemos que ha dejado usted bien plantado su pabellón. Las suscriptoras á que me referí en la última entrevista han renovado su suscripción y han hecho que se suscriban todas sus amigas. Y como el actual folletín está ya para terminarse, el Consejo de administración ha decidido encargarle á usted otra novela de más fuerza todavía y que se titule: «¡Diez veces más que un hombre!». A dos pesetas la línea, edición del libro al terminarse de publicar aquí y, en fin, lo que usted pida. Pero siempre sobre la base de tener contentas á las suscriptoras.

Cuando Candente salió del despacho del director, andando trabajosamente, apoyado en su bastón como un vejstorio, dirigióse á la administración y en la ventanilla de anuncios trazó en un papel unas líneas que dió inmediatamente para su inserción:

«Escritor, muy conocido, desea secretarios robustos, de veinticinco á treinta años, para ayudarle en trabajo fácil y agradable.»

Pedro de Répide.

YO TENÍA UNA PRIMA...

Para Paco Gómez-Hidalgo, que sabe de cuentos alegres y de periódicos, sin otra preocupación que la bendita y castita y madrileña preocupación del doñaire.



ACE algunos meses, mi madre notó que yo me iba quedando en los huesos. Pálido, ojeros, inapetente, desenchajado, cualquiera creería que pasaba las noches en juergas agrias de vino incitante y mujeres

pintadas, ó al menos entregado al estudio hasta que el alba, con su tenue claridad inefable, venía á rendirme sobre los montones de libros... Sin embargo, mi madre sabía que yo me acostaba al dar las diez y que era poco dado á lecturas didácticas, prefiriendo las novelas amenas de Felipe Trigo, López de Haro y todos esos escritores que dicen cosas bonitas del amor y de las mujeres.

Consultado el caso á mi padre, decidieron llamar al médico, un médico viejo, malhumorado y sucio, que diagnosticó mi enfermedad de *onanismo* ó afición extremada á los placeres solitarios, recomendando me enviaran una larga temporada al campo.

Realmente, yo, cuando por las noches re-

cordaba la figura provocativa de las cupletistas que veía en los cines, y pensaba en aquellos pechos tan blancos que en los vaivenes de la danza se atisbaban por el escote y en aquellas lengüecitas rojas—la lengua ha sido siempre mi perdición—que salían á humedecer los labios con harta frecuencia, llegaba á entusiasmarme de tal modo que, por efecto sin duda del mismo entusiasmo, me sentía morir en un desmayo delicioso...

Mis padres, cumpliendo la indicación del médico, determinaron enviarme á casa de



—¡Ojalá no tenga una pesadilla como anoche! ¡Pues no soñé que iba embarcada y en alta mar unos piratas me asaltaban por la popa!

una tía casada con un rico propietario andaluz que vivía en un cortijo cercano á Córdoba.

Y una tarde me acomodaron en un vagón del tren correo. Silbó la locomotora, tocaron una campana, comenzaron á moverse lentamente los nervios de hierro del tren y yo ví que Madrid se quedaba atrás, con sus luces rojas y sus cupletistas de lengua más roja todavía...

II

¡Mañanitas de primavera andaluza en que un bravo sol moreo tiende por los campos en flor la alegría de vivir y por los cielos la azul diafanidad de un incendio de turquesal ¡Benditos paseos á la vera de la prima sonrosada y fresca y de aquella otra prima sevillana, neurótica y desequilibrada á quien los médicos prescribieran también una temporada de cortijo en casa de la tía! Al recordarlos, creo enloquecer. Salíamos muy de mañana y correteábamos por entre los olivares.

A veces, el indiscreto vientecillo levantaba las faldas de mis primas, y yo sentía recru-



- Oye, ¿cómo volviste anoche sin camiseta?
 —La perdí.
 —¿Dónde?
 —Al... tresillo.

decerse violentamente mi enfermedad. La prima cortijera, María-Nieves, tenía unos pantorrillas gruesas y mórbidas, unos muslos prodigiosos, unas caderas redondas y anchas y unos senos duros y provocativos. Era, además, extremadamente pudorosa y se ponía como la grana cuando el viento hacía una de las suyas. Mi otra prima sevillana, Luz, era todo lo contrario. Delgada, esbelta, de curvas ligeramente insinuadas, recogía el vestido con tal arte de encanto, que bajo la cúpula maravillosa de los encajes surgían

como una promesa las piernas finas, ceñidas por la media transparente, que al saltar ribazos y escalar altozanos quedaban al descubierto hasta los dominios mismos del pantalón...

Luego almorzábamos y dormíamos la siesta ó charlábamos hasta que el sol caía y de nuevo correteábamos por los olivares. Después de la cena, mi tío, un hombre vulgarote y bonachón que usaba calzoncillos de franela todo el año y se cortaba las uñas de los pies cada quince días, organizaba una lotería y todos nos congregábamos en torno á la camilla familiar para entregarnos al licito placer de cantar ternos y ambos.

Desde la primera noche, noté que mi prima Luz acercaba sus piernas á las mías. Propuso ser ella quien cantase los números, y cuando bajaba hasta su falda la mano para extraerlas del saquito rozaba mis muslos, produciéndome un cosquilleo delicioso. Excusado me parece decir que con tal régimen yo cada vez me sentía peor.

Una noche, por fin, me atreví á intentar excursiones por el cuerpo de Luz y tuve un éxito completo. Mi prima había sido alumna en un colegio de monjas, y aprovechó bien las lecciones, á juzgar por la manera como soportaba las flaquezas del prójimo y daba consuelos al triste. Porque bien pronto aquello era un mutuo cambio de favores que amenazaba acabar conmigo en un par de semanas.

Yo no sé si María-Nieves, mi primita corijera, se había dado cuenta de algo. ¡Porque á veces nos miraba de un modo!... Sin embargo, ella, tan pudorosa, no debía comprender...

Una noche la cosa llegó al último grado. Yo tuve buen rato mis manos entre las carnes suaves y tibias de Luz, y ella me correspondió con caricias arrebatadoras. Y ya en mi cuarto formé el plan. Mi alcoba estaba separada de la de mi prima sevillana por una puertecilla que tenía dos cristales altos, igual á la de la alcoba de mi otra prima María-Nieves, situada también junto á la de Luz. Coloqué una mesa junto á la puerta y esperé, con la cara pegada á los cristales.

Y Luz empezó á desnudarse con una inenarrable coquetería. Quitóse primero la blusilla de seda, dejando al descubierto la garganta y el escote, de una blancura deliciosa. Después la enagua y la falda bajera, toda de encajes rosa, cayeron al suelo, y mi prima quedó en pantalones, unos pantalones lujosos y provocativos, que también cayeron, mostrando el nacimiento de unos muslos de hechizo, como yo nunca los soñara... Luego mi prima desató los lazos de la camisa, dejó

en libertad los senos, pequeños, redondos y erectos y se tendió en la cama, en una de esas posturas de infinita pereza voluptuosa.

No pude más. Y di varios golpes nerviosos, que ni siquiera acertaron á ser discretos, en los cristales.

Mi prima me abrió. Y allí pasé la noche. Si hay cielo, debe haber en él muchas primas como mi prima Luz...

Pasaron muchos días y yo pasé muchas noches en el cuarto de Luz. Los dos estábamos curados. Teníamos un apetito desconsiderado que hacía honor á los guisos de mi tía, y los buenos colores vinieron con la alegría y las colaciones abundantes.

Pero una noche... Notábamos alguna vez Luz y yo ciertos ruidillos en el cuarto de María-Nieves, la guapa prima cortijera... Atribuímoslos á desvelos propios de la solterfa ó á inquietudes del sueño... Pero una noche... Habíamos tenido una sesión loca que, como las de los «cines», podrá llamarse «monstruo de moda». Descansábamos de la fatiga entrelazados y silenciosos, en uno de esos silencios definitivos del amor, cuando de pronto la puerta del cuarto de María-Nieves se abrió con gran estrépito de pestillos que saltan, y la propia prima, con los ojos fulminando iras y la boca entreabierta en un jaeo inexplicable, se presentó ante nosotros en camisa y con el brazo extendido, como una diosa exterminadora...

No sé cómo salí del cuarto de Luz. Sólo sé que á la mañana siguiente, sin despedirme siquiera, me vine á Madrid...

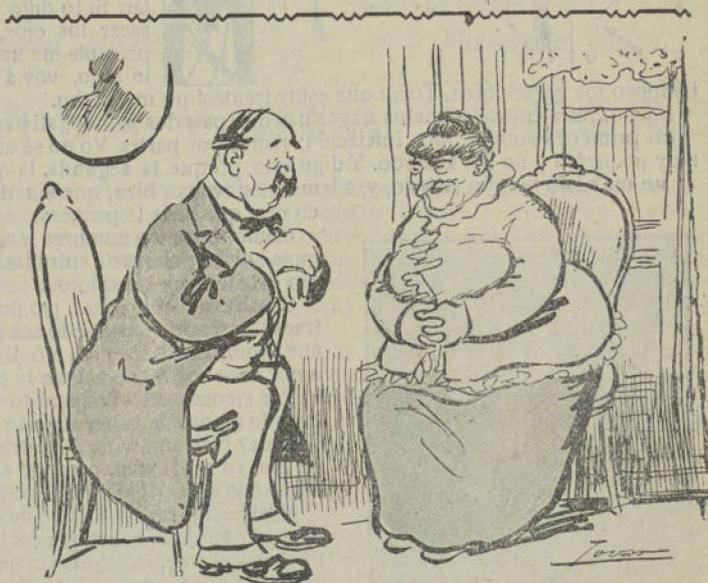
III

Han pasado algunos meses. Ayer mi madre recibió una carta de la tía anunciándole

que María-Nieves vendrá á pasar una temporada en casa, porque está muy delgada, inapetente y paliducha, y quieren ver si el cambio de aires...

María-Nieves ha venido á buscar la receta con que Luz y yo nos curamos allá, en el cortijo de su tierra andaluza...

Joaquín Estrada.



—¿Y qué tal lleva usted su viudez, don Cecilio?

—Mal, doña Pili, mal. Siempre cuidando de que la menor de las chicas no se caiga... y de que la mayor no se eche.

A UN CRÍTICO

Como crítico disfrutas fama, y haces opinión: sin ser típles absolutas llamas típles y reputas á Coral y á Encarnación.

Gonzalo Cantó.



En vista de la acogida que ha hecho el público á la bailarina Pilar Guerrero (no la bella Guerrero, la gentil Rosario, artista de verdad), renunciamos á publicar sus intimidades, que á nadie interesarían.



Confesionario

VAZQUEZ II

MIRE usted que es comprometido esto... ¿Qué cuento yo? ¿Qué dejo yo de contar? Si lo digo todo, alguien me va á sacar los ojos, y, la verdad, que al presente me hacen mucha falta. Si no lo digo, voy á pasar por seso... y eso

tampoco me parece bien. Total: que estoy frente á un mal bicho.

Bueno, pues como los malos tragos hay que pasarlos pronto, allá voy á referirlo todo. Mi primera aventura, mi... iniciació 1; vamos por partes. Yo no sé cuando fué; debía ser yo muy pequeñín y no me acuerdo. Y digo esto, porque la segunda, la que yo llamo la segunda no me costó ningún trabajo, y, además, estuve tan bien, que sin duda habría aprendido en otra que sería la primera.

Como todos los hombres tengo, á Dios gracias, alguna suerte y simpatía entre las señoras, y ya se figurarán ustedes que la exploto...

Cosas extraordinarias... ¡yo no sé! Para mí no es extraordinario, ni creo que lo sea para nadie, pasar la noche acompañado, eso no. Yo llamo extraordinario en amor á las cosas que valgan la pena de contarse aquí.

Por ejemplo, el año pasado en el mes de Agosto, cuando á poco de haber sufrido una cogida en Sevilla, sin estar bien aún, vine á Madrid á torear; en el coche en que yo venía sólo, para ver si podía dormir, se presentó una señora bastante agraciada.

¡Cielo santo, qué había yo de dormir!... No me quiero meter en detalles porque me perdería. Ocurrió que, mientras el tren, *tric-trac*, corría que se las pelaba, yo pregunté á la viajera si iba muy largo. Me contestó; empezamos ya á simpatizar, y ¡total!, que aquella mujer me dió allí mismo todas las pruebas de simpatía que la pedí, que no fueron pocas.

Y no acaba esto aquí, no. Después se empeñó en acompañarme á Madrid y estar aquí conmigo. Al principio, vamos, íbamos tirando... Pero, claro que llegó á pesarme y á cansarme, y un día, despidiéndome de ella á la francesa, me largué á Sevilla.

Ni que decir tiene que cuando se enteró se indignó y que echó tras de mí hacia Sevilla.

Allí me encontró pronto, y como yo después de ser seguido por ella la mar de días no la hiciera más que desprecios, acabó por cansarse y dejarme en paz.

Bueno; pues ahora viene lo extraordinario: aquella mujer era casada y con hijos, y por mí había abandonado á su marido. ¿Que sería una histérica? ¡Quizás!; pero de todos modos...

Otras varias cosillas así, verdaderamente extraordinarias, me sucedieron. Por ejemplo, en Barcelona, una doncella de la fonda en que yo me hospedé, se encaprichó conmigo, y en tres días que yo permanecí allí dejó de ser doncella... porque se fué de la fonda.

Es que la mujer en general es un animal muy peli-



MANUEL MARTÍN

groso. Yo, por mí, las temo; cometen y hacen cometer unas atrocidades que se necesita estar loco.

Yo, ahora mismo, voy á hacer una cosa muy comprometida por una mujer: me voy á casar.

Por allá, por mi tierra, en Alcalá de Guadaíra, me aguarda una muchacha á la que yo quiero tanto y cuanto—no es cosa de decirlo ahora—y si Dios no lo remedia—que me «paece» que no—, con ella precisamente va á ser.

Manuel Martín.

CANTARES

¿Temes que cuente el cariño
que te tengo y que me tienes?
toma mi lengua dañina
y pártela con tus dientes.

Estás ardiendo en deseo,
y lo finges, y haces mal...
Deja que el rosal dé flores,
pa eso ha nacido rosal.

Fernando Mora.

FIESTA EN VISTA-ALEGRE

La distinguida cupletista «La Salerito» organizó días pasados una becerrada y un almuerzo en Vista-Alegre, y asesorada por nuestro amigo, el gran poeta Federico Gil Asensio, invitó á algunas compañeras y á varios periodistas...

Se pasó el día muy bien. Se comió, se bailó, se toreó...

La becerrada fué el *clou* de la fiesta y en ella se portaron casi todos, señores y señoras... La «matadora» estuvo tal verdaderamente, y fué aplaudida. Nuestro Perico Répide demostró, con la capa en la mano, quelamanejalo mismo que la pluma, y ya es bastante. Gil Asensio y el veterano Ginés Carrión hicieron «lo suyo». González-Blanco y Gómez-Hidalgo con un mantel, porque las capas estaban junto al toro y nadie se atrevía á cogerlas, torearon al almón bastante bien. El simpático y popular «Padre Benito»

fué cogido por una vaca y algo herido... Villegas, Salcedo, Pereda, Robledano y Requejo ganaron el almuerzo, brega que te brega... Sólo los críticos taurinos que asistieron—excepto el simpático Oria, que estuvo muy arriesgado y muy valiente—dejaron de bajar al redondel... Carvajal, Vilaseca y Enrique, bien. Y de la fiesta todos volvieron en cinta.

En cinta porque fué un operador cinematográfico de Enrique Blanco y recogió todos los incidentes del día, que ahora se pueden ver en el Salón Madrid.



UN DESCANSO DE LA CUADRILLA

(Gil Asensio, La Maravilla, La Salerito, La Nenit, Perico Répide y Ginés Carrión)

LA MEJOR MEDICINA

FELIPE Vargas vino á Madrid á estudiar medicina cuando aún no se había despertado su espíritu de ese letargo candoroso, bajo cuya influencia venimos al mundo.

Era un buen muchacho de veinte años, para quien el amor no tenía otra significación que la de un placer prohibido que sólo los hombres depravados se permiten gustar, lo que no impedía que hablase bien del matrimonio.

Apenas entró en la coronada villa del oso

bien, quedaba por debajo del Hotel de París en cambio superaba al de la Posada de la Sopa... Sopa, cocido más ó menos cocido, postres variados, un vaso de vino en cada comida y café los domingos. *El menú* no dejaba de ser aceptable.

Felipe Vargas instalóse en su nueva morada pensando en las admirables condiciones de aislamiento y claridad que su cuarto tenía, merced á las cuales podía dar satisfactorio remate á los estudios, y apenas si paró mientes en la hermosura de su patrona y en cierta mirada enternecedora que aquélla le dirigió mientras le ayudaba á quitarse el gabán.

—¿Quiere usted el desayuno en el comedor ó en su cuarto?—preguntóle después Salustiana.

—Lo mismo me da—contestó el joven.

—Entonces se lo traeré á su cuarto.

—Como usted guste.

—Sí, casi todos mis huéspedes lo prefieren así. ¡Son tan perezosos los pobrecillos!...

—Felipe no comprendió la significación de estas palabras arteras, y dedicóse á poner en orden su vestuario, ayudado por su patrona con cierta regularidad de madre cariñosa.

Más ¡ay! que ese afecto era interesadísimo. Salustiana, mujer vehemente y apasionada, habíase enamorado del estudiante, y el cariño con que le trataba tenía su correspondiente fina-

lidad, la de que Felipe se lo pagase en la misma moneda, ó sea entregando á la bella patrona su virginal y tierno corazón.

El pobre chico era tímido é inocente, y aunque alguna vez sintió dentro de su persona algo parecido al cosquilleo de la voluptuosidad, figuróse que el supradicho cosquilleo sería un fenómeno puramente nervioso, y no hizo caso.

Así ocurrió que una noche, á punto de las doce y media, apareció Salustiana en el cuarto de Felipe, medio desnuda, diciéndole

LOS «VERMOUTH» DE PILAR GUERRERO



—¡Uy, mamá, cómo la protestan!

—¡Cómo que yo no sé cómo ha hecho tanta carrera, porque se mueve bastante mal!...

y el mañeco, dedicóse á buscar un alojamiento acomodado á su modesta posición de estudiante menor de edad, y busca por aquí, escudriña por allá, topóse con una casa de huéspedes establecida en la calle de la Ballesta que era un verdadero primor en su género.

La patrona se llamaba Salustiana y era una magnífica hembra, capaz de inspirar todas las tentaciones imaginables y aun varias de las que no se pueden imaginar, y en cuanto al trato que se daba á los pupilos, si

que le había acometido una temerosa y horrible pesadilla y que no se atrevía á quedarse sola en su habitación.

La vista de los apetitosos encantos de la patrona, mal cubiertos por la camisa, y el destello suplicante de sus negros ojos, debieron dar á Felipe la verdadera noción de la realidad amorosa, por cuanto Salustiana no salió de su cuarto hasta entrado el día; y cuando llegó el momento de la separación, tanto ella como el estudiante declararon que no hay nada como una mutua y cariñosa compañía para curarse de toda clase de terribles pesadillas y ensueños.

Pocos días después cayó enfermo Felipe á consecuencia de un catarro que le sobrevino por ir á refugiarse en el dormitorio de la patrona, huyendo de varias pesadillas que también á él le acometieron, y tan fea se puso la cosa que fué preciso llamar al médico.

—¿Qué tiene?— preguntó ansiosamente Salustiana cuando el doctor salió de su alcoba.

—Un catarro fortísimo.

—¿Y es grave?

—Puede serlo.

—¿Y cuando sabremos si se halla fuera de peligro?

—Cuando consigamos que sude lo más copiosamente posible.

Una sonrisa deslumbradora iluminó el rostro de Salustiana.

—¡Ay! doctor—dijo con acento triunfal—, si de eso depende, mañana mismo entra en plena convalecencia.

Fernando Amado

SUCEDIDOS...

Nuestro amigo el Sr. Morote ha emprendido una activa campaña á favor del divorcio.

No nos parece mal. Pero no hay que agradecersele mucho al Sr. Morote, porque es que el Sr. Morote se va á casar.

Un golfillo se para á la puerta del Triánón, viendo salir á una joven muy tirada de sombrero y de abrigo de pieles, que da el brazo á un caballero.

—¡Redemonios!— piensa.—¡Cada noche me presenta mi hermana un cuñado nuevo!

Los hombres ¿deben usar bigote ó barba ó bien deben afeitarse completamente?

Con la simpática amistad de mi amigo Paquete Hidalgo vivo una en continuo sobresalto.

¡Otra preguntita!... Y ésta se las trae.

Conque cómo me gustan los hombres, ¿con bigote ó sin él?

¿Podré ser voto yo en esta cuestión?

Vaya, seremos por una vez ingenua: á mí de todos modos; pero desde luego más sin él. He dicho.

LA GOYA.

El bigote y la barba gozan de todas mis antipatías y hasta, justo es decirlo, de mi odio.

Los griegos y los romanos, prototipo y síntesis de la elegancia y belleza masculina, dieron la preferencia al rostro rasurado.

No cabe duda de que es más limpio, más higiénico y mejor para todo.

Sí; *para todo*, porque, por ejemplo, el beso es una sensación voluptuosa que no admite la desazón de la cosquilla.

Yo tuve una época en que tenía predilección por hombres barbudos; pero desde que uno muy inteligente y espiritual comió conmigo y se llenó de migajas y me obsequió con una asperge al beber el vino, juré guerra á muerte á cuantos varones se presentasen ante mí con la cara peluda.

Lo único que siento es que el *chico* de LA HOJA DE PARRA que me ha pedido mi opinión sobre este transcendental asunto, tiene un bigotito negro bastante lindo, y anoche me juraba con ademán heroico que se iba á afeitarse.

¡Pobre muchacho! ¿Quién sabe si esa decisión traerá consigo algún drama conyugal?

JULIA FONS.

LA CLAUSULA PRIMERA



El médico, después de tenerme sometida durante media hora á un minucioso interrogatorio, exclamó:

—¡Bueno!

Y luego, después de una pausa, durante la cual parecía diagnosticar *in pectore* mi dolencia, continuó:

—Usted está neurasténico, mi querido amigo.

—¿Y qué es neurastenia?—le pregunté.

El médico me miró asombrado y dudó,

—De modo que yo...

—Nada de eso, porque al caso presente no es aplicable aquella definición.

—Menos mal.

—Lo que tiene usted es cansancio, exceso de trabajo, debilidad nerviosa, fatiga intelectual. Usted debe abandonar todo durante un par de meses, no leer un periódico ni un libro, no acordarse de los teatros ni de la política... Debe usted marcharse al campo cuanto antes mejor. El aire puro de la sierra, una

alimentación sana y nutritiva, dormir mucho y discurrir poco, son los mejores medicamentos que puedo prescribir á usted. Como usted siga mi plan al pie de la letra, yo le prometo, yo le garantizo que antes de dos meses estará usted como nuevo y en disposición de reanudar su vida normal.



No me hice repetir la orden; dispuse la maleta, movilicé, como Dios me dió á entender, unos cientos de pesetas, y una buena mañana tomé el tren que dos horas más tarde me dejaba en la estación de Carrascal de la Higuera, un sucio, destartalado y mal oliente pueblecillo de la Sierra, que la gente de poco dinero había puesto de moda como estación veraniega.

Me instalé en una posada que, aun siendo muy mala, era una especie de Hotel Ritz comparada con los demás edificios de Carrascal, y donde al siguiente día comencé á seguir la prescripción del médico.

La vida del campo será muy saludable, muy higiénica y hasta muy á propósito para curar ciertas dolencias; pero convengamos todos en que es muy aburrida, y, sobre todo, en un pueblo como Carrascal de la Higuera.

Cierto que mi salud mejoraba sensiblemente, con lo cual comenzaban á cumplirse los vaticinios del doctor; pero, ¡caramba!, ¡qué aburrido todo aquello! Siempre el mismo paisaje... ¡La misma casa, las mismas conversaciones... ¡Aquello era insoportable, desesperante!

Y, sobre todo, lo de levantarse con el alba



—Esa niña necesita ya lo menos una cuarta... Una cuarta de tela para taparse las pantorrillas.

como no dando, de momento, con la respuesta que mi insólita pregunta requería.

—Pues la neurastenia es...—continuó el galeno—una enfermedad... Mire usted, aquí, más que cliente y médico, estamos dos buenos amigos, y podemos hablar con toda claridad. La neurastenia es una enfermedad que hemos inventado los médicos para no designar con su verdadero nombre cierta enfermedad que padecen muchas personas.

¡Ah!

—De cualquier ciudadano que tiene un carácter díscolo y rayano en la grosería y que á todas horas tiene en alto las extremidades inferiores, se suele decir: «No hay que hacerle caso, está neurasténico.»

y acostarse á la misma hora que las gallinas: no podía entrar en mis costumbres.

A los quince días de permanencia en Carrascal mi aburrimiento llegó al colmo, y sin miedo á los justos reproches del médico, resolví tornar á la corte.

Pero ¡ay! los hados dispusieron lo contrario. El mismo día en que yo tenía dispuesta mi partida, tuve una tan grata cuanto inesperada sorpresa.

Aquella mañana, apenas hube salido de mi modesto alojamiento para dar mi diario paseo, tropecé con una familia forastera.

—¿Quiénes son esos señores?— le pregunté al boticario.

—Mr. Derblay, su esposa y sus dos hijas, una familia francesa que reside en Madrid y que ha venido á Carrascal á pasar el verano.

—La mamá es succulenta.

—La mamá —añadió el boticario con entusiasmo— es digna de figurar en el repertorio de un obispo joven ó de un general victorioso.

—Tal creo.

No hay para qué decir que no obstante mis propósitos de marcha procuré ponerme al habla con los Derblay, no tardando en conseguirlo.

Las niñas, Emilia y Blanca, eran verdaderamente encantadoras y sugestivas. Blanca, la menor de las dos hermanas, había nacido en Madrid, y era una criatura celestial que unía á la gracia de las madrileñas el incomparable esprit de la mujer parisién.

Tuve la suerte de simpatizar grandemente con la familia Derblay, y como á esta circunstancia hay que añadir que la niña pequeña me gustaba lo justo y otro poco, decidí aplazar indefinidamente mi viaje á la Corte.

En mi vida se operó un cambio radicalísimo. Ya no me aburría, ni el pueblo me parecía feo, sucio y destartado, no echaba de menos mi tertulia del Li6n d'Or, ni

mis visitas á los *saloncillos* de los teatros ni á los camerinos de las artistas...

Mr. Derblay y yo habíamos intimado como los mejores amigos del mundo, y tal era la confianza que yo había logrado inspirarle, que no tenía inconveniente en hacerme partícipe de sus asuntos.

Una tarde me dijo Mr Derblay:

—Voy á la estación, ¿quiere usted acompañarme?

—Con mucho gusto.

—Allí estarán mi señora y las niñas.

—¿Van ustedes á esperar á alguna persona de la familia?

—Sí; á mi hija Olvido...

—¡Ah! Pero ¿tiene usted otra hija?

—Sí. Es una historia, que le referiré.

—Conste que yo nada pregunto.

—Sin embargo...

Nos hallábamos en las inmediaciones de la estación, y aún faltaban unos minutos para la llegada del tren. Mr. Derblay continuó:

—Yo me casé hace veinte años...

—Cuarenta, Mr. Derblay.

—¿Cómo cuarenta? ¡Veinte! ¡Si lo sabré yo!

—Es que en España acostumbramos á contar los años de matrimonio dobles, como los de campaña.

—¡Ah! En la cláusula primera de nuestras capitulaciones matrimoniales, mi futura y yo nos comprometimos á no tener más que dos hijos, y así fué. Pero diez años más tarde, una buena noche nos olvidamos de lo convenido en la cláusula primera de aquel documento, y...

En aquel momento se detuvo el tren. En la ventanilla de un coche de primera se destacaba el busto de una niña, feliz embrión de una mujer espléndida, que al ver á la familia Derblay, gritaba:

—¡Ma mère!... ¡Mon père!...

—¡Olvido! — gritaron

NUESTRAS ARTISTAS



¿...?

todos, disponiéndose á recibir en sus brazos á la linda viajera.

Mr. Derblay, después de abrazar y besar á su hija, me llamó aparte y me dijo, señalando á Olvido:

—Ahí tiene usted la consecuencia de haber faltado á la cláusula primera...

Manuel Sortano.

EN LA LOTERIA



El.—El número me gusta; ahora á ver si nos toca.

Ella.—Créalo usted, la suerte viene, no es preciso buscarla. Yo tengo tan buena mano que todo lo que todo se viene á ella.

CUARESMA

Morenita de cara de rosa,
de cuerpo bonito, de talle gentil,
cuando el cura tus culpas pregunte,
¿qué vas á decir? ¡

¿Le dirás que á gozar la Piñata
fuiste al baile sedienta de amor,
y que un hombre, al mirarte tan linda,
de amores te habló?

¿Le dirás que, rendida y amante,
sus promesas llegaste á creer
y escuchabas atenta sus dulces
palabras de miel?

Quién podría pensar, al mirarte
ruborosa la iglesia cruzar,
con la vista clavada en el suelo,
contrita la faz;

que á esa cara que aquí humillas tanto
fervorosa diciendo: —¡Pequé! —
el bordado mantón de Manila
le sienta muy bien...

¡Ya se fueron, morena, las noches
de alegrías!... ¡Pasó el Carnaval!
¡La Cuaresma sus largas vigiliás
ofrécenos ya!

A buscar el perdón de tus yerros,
como el año pasado ocurrió,
en el templo penetras ahora
con santo temor...

Morenita de cara de rosa,
de cuerpo bonito, de talle gentil,
cuando el cura tus culpas pregunte,
¿qué vas á decir?

Bien sé yo que sabrás disculparte
y con dulce y tristísima voz,
pedirás que el señor sacerdote
te dé su perdón...

¿Y qué pecho, por duro que sea,
tus palabras podrá resistir,
y, al mirarte tan triste, no pida
perdón para tí?

¿Si es tu cara un pedazo de cielo,
y son lirios enanos tus pies,
y capullos de rosa tus manos
que apenas se ven...

Obtendrás el perdón, pero luego
otra vez volverá el Carnaval,
y querrás despedir la Piñata
y... ¡vuelta á empezar!

José Juan Cadenas.

NUESTRAS COCOTAS

PAQUITA GARCÍA

PAQUITA García y yo nos hablamos visto dos ó tres veces, sin que nunca ocurriera nada entre nosotros...

Un día, hace algunos meses, un trágico suceso, muy sensacional y comentado, me obligó á trasladarme á B, un pueblo chiquitín, cerca del que ocurrió, para informar á los lectores del periódico en que trabajaba por entonces.

En B, la vida es triste de ordinario. Por aquellos días de invierno, cortos y lluviosos, era monótona y desesperada. No había, además, círculos ni casinos; no había donde estar sin aburrirse...

El secretario de B., un muchacho joven y simpaticote, procurando amenizarme en lo posible la estancia en aquel pueblo, una tarde, á los dos ó tres días de estar allí, me anunció que aquella noche iríamos á pasar la velada á la botica.

—Ya verá usted, me dijo, ya verá cómo nos distraemos... Juguemos al tresillo un rato.

Fuimos aquella noche, efectivamente, á casa del farmacéutico Sr. García. El señor García era un viejecito sesentón que tenía una larga perilla blanca militar y cubría su calva con un gorro.

Me recibió colmándome de saludos y felicitaciones y me presentó á su señora. Tenía muchos años como él y como él me acogió con afecto.

Fué á hacerse la partida de tresillo. Jugábamos el Sr. García, el secretario, yo y...

—Y mi hija—dijo el Sr. García. Y salió á un pasillo cercano y comenzó á dar voces—. ¡Paquita, Pacal Ven, hija, ven...

Se dispuso la mesa. Comenzó el secretario á barajar. Y un momento después, ealutada y gentil, apareció una dama.

El señor García nos presentó:

—Mi hija Paquita. El conocido perodista...

Yo, sorprendido, debí palidecer. Paquita, trémula, cogió la mano que yo la había tendido y la oprimió de un modo singular. Aquella dama, honesta allí, era Paquita García, *desnudable* conocida en Madrid...

Transcurrió la velada, y cuando abandonamos la casa del farmacéutico, yo, discretamente, pregunté al secretario por Paquita.

—¡Oh, sí, señor—me dijo—, es una señora muy buena y muy caritativa! Se quedó viuda hace cuatro años, muy joven como ve usted, y no ha querido volver á casarse. En Madrid pasa temporadas largas... Pero quiere mucho á sus padres, y viene aquí frecuentemente y hace muchas limosnas á los pobres. En todas partes oirá usted que hablan muy bien de ella.

Y como yo quedara silencioso, el secretario, variando el tono de su voz, siguió:

—Y no es costal de paja, ¿eh? Es una mujerona. Pero inatacable, amigo mío, inatacable.

Seguí hasta seis ó siete días en B. viendo á diario á Paquita; pero sin que pudiéramos hablar á solas. Después, esclarecido el mis-



PAQUITA GARCÍA

terio del suceso aquél, regresé á Madrid.

Hace unas tardes, al salir yo de la Maison Dorée, Paquita, en coche, pasaba por la calle de Alcalá. Al verme, por primera vez desde aquel suceso, comenzó á darme voces:

—Venga, venga...

Fuí. Paquita me obligó á subir al coche y me llevó á su casa. Solos allí, mientras anocheceía, charlamos de lo lindo...

Paquita es seguramente, por lo que me ha dicho, un caso clínico que tal vez necesita de



Una.—¡Bebel!

Otra.—¡Bebel!

EL.—No por Dios, hijitas, que estoy muy viejo ya y á la tercera me viene el mareo y me quedo rendido.

la atención de un médico que, cuando conenga, sea galante como Ruiz Albéniz. No ha caído por necesidad, no. Tampoco por olvidar un desengaño; ¡si no los ha tenido!

Peca... por que sí; por que disfruta de este modo; por que la agrada variar...

Pero, ¡por Dios!, que sus «papaftos» no lo sepan. ¡Pobres viejos! Ellos la creen virtuosa y buena y religiosa, y ¡si lo supieran!

—Por mucho que te diga—me asegura cogiéndome la cabeza entre sus manos—jamás, jamás, jamás te expresaré mi agradecimiento por lo discreto que fuiste en B.

Félix Recio.



PRED ESTINACIÓN

De un amor callejero vendido por poquísimos dinero nació la Rosalía, y en la cuna fué comprada cual triste mercancía para hacer de un mendigo la fortuna.

Al llegar á la edad de los amores desnuda de alma y cuerpo, sus favores, los cotizó á diario y fué vendida y comprada mil veces y á mil precios en el triste mercado de la vida.

Vieja precoz, desenfrenada y cínica, fué á parar á las salas de una clínica á vender sus dolores; y ya muerta, su cuerpo uno compró, que no sabía de qué murió la tal á ciencia cierta

Entre instrumentos mil de medicina de una elegante tienda en la vitrina, sobre sus huesos, sin ningún respeto, hay un cartel que dice en letras grandes: «Es de mujer, se vende este esqueleto.»

Luis R. Sançhiz.

EST. TIP. DE EL LIBERAL

LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes.

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:

MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547

MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.

En Barcelona: NARCISO ESPAÑA, Kiosco "EL 891"

¡PRODIGIOSO! ALEXGO ¡MARAVILLOSO!